

testarudo descubrir con la ayuda de sus telescopios, microscopios y demás instrumentos, todo cuanto á su propósito cumpliera.

Los hombres muy pensadores y ensimismados, corren gran riesgo de caer en manías sabias, en ilusiones sublimes; que la mísera humanidad, por más que se cubra con diferentes formas, según las varias situaciones de la vida, lleva siempre consigo su patrimonio de flaqueza. Para una débil mujercilla el susurro del viento es un gemido misterioso; la claridad de la luna, es la aparición de un finado, y el chillido de las aves nocturnas es el grito de las evocaciones del Averno para asistir á escenas pavorosas. Desgraciadamente, no son sólo las mujeres las que tienen imaginación calenturienta, y que toman por realidades los sueños de su fantasía.

JAIME BALMES.

(*El Criterio*)

YO QUIERO SER CÓMICO

Anch' io son pittore.

No fuera yo Figaro, ni tuviera esa

travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, sino sacara á luz pública cierta visita que no há muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vuelta sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto, por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco; y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocida toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está un hombre de buen humor ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque, mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pependencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más

inocente, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven, haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente por él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa:

—¿Es usted el redactor llamado Figaro?...

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—¡Es claro... si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto... Siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un joven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico y dedicarme al teatro...

—¿Al teatro?

—Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora...

—Es la mejor ocasión.

—Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño! ¿A quién?

—Al Ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto... ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor,

—Por eso, yo no quiero singularizarme; siempre es malo entrar con ese pie en una corporación.

—Ya le entiendo á usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática, la propiedad y...

—No, señor, no.

—Bien, jeso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra y decir unas veces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*;

diferencia por diferencia; háyamos por hayamos; dragmático por dramático, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí; todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

—Nada, nada, no señor.

—Perfectamente.

—Le diré á usted; en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre á la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa, á la antigua española; según... ropilla, trusas, capacetes, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del día, levita á lo Utrilla en los calaveras; y polvos, casacón y media en los padres.

—¡Ah! ¡ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y

conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted: el papel lo dirá, y luego, como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar, sólo para desmentirle á uno... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros.

—¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es lo que no...

—No es gran cosa; pero no es esencial.

—¿Y de educación, de modales y usos de sociedad? ¿A qué altura se halla usted?

—Mal; porque, si va á decir verdad, yo soy pobrecillo. Yo era escribiente en una mala administración: me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico, porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer.

—Y tiene usted razón.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente, no conozco esos señores

usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté á ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

—Escasamente.

—¿Cómo presentará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, y mandaré con mucho imperio.

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y, como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo: si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuvieran entrañas.

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escañas, me temblarán siempre las manos como perlático ó descoyuntado, y aun cuando el papel no apunte más que cincuenta años, haré del tarato y decrepito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para las barbas?

—¡Oh! disformes, tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras tales que no se me ve la cara con ellas,

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil, estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín...

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y espècialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público. ¿Ven ustedes qué hombre?

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta y sacándole á usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír á un mismo

tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tonte-ría, y el público se ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡Si usted viera!

—¡Ya sé, ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado*.

—No más, no más: le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted. ¿Sabrá usted hablar mal de los poetas, y despreciarlos aunque no los entienda: alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es; ó por el verso, más que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querrela criminal contra

el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas, que quiénes son ellos para...

—Vaya si sabré: precisamente este es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí, no pude yo contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado, venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática, para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

M. J. DE LARRA.

(Figaro)